



MARCOS LÓPEZ HERRADOR

# HISTORIA DE LA BANCA Y EL DINERO

De Sumeria a Silicon Valley, de Mesopotamia hasta Wall Street... conoce la historia del sistema económico global desde sus antiguas raíces hasta su hegemonía moderna.

ALMUZAMA

MARCOS LÓPEZ HERRADOR

*Historia de la banca  
y el dinero*



ALMUZARA

© MARCOS LÓPEZ HERRADOR, 2024  
© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2024

Primera edición: septiembre de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN HISTORIA  
Editor: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN  
Maquetación: MIGUEL ANDRÉU

[www.editorialalmuzara.com](http://www.editorialalmuzara.com)  
[pedidos@almuzaralibros.com](mailto:pedidos@almuzaralibros.com) - [info@almuzaralibros.com](mailto:info@almuzaralibros.com)

Editorial Almuzara  
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4  
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls  
ISBN: 978-84-10521-68-1  
Depósito: CO-1410-2024  
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A Gabriel*

## *Indice*

INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO 1. EL ORIGEN .....	15
CAPÍTULO 2. ROMA.....	35
CAPÍTULO 3. ALTA EDAD MEDIA.....	43
CAPÍTULO 4. BAJA EDAD MEDIA E INICIO DEL RENACIMIENTO....	61
CAPÍTULO 5. EDAD MODERNA .....	71
CAPÍTULO 6. DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA (1789) AL CONGRESO DE VIENA (1815).....	93
CAPÍTULO 7. DEL CONGRESO DE VIENA (1815) A LA GUERRA FRANCO PRUSIANA (1870).....	109
CAPÍTULO 8. LA PRIMERA GLOBALIZACIÓN Y LA SEGUNDA INDUSTRIALIZACIÓN DE 1870 A 1914.....	135
CAPÍTULO 9. DEL COMIENZO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL AL FINAL DE LA SEGUNDA DE 1914 A 1945.....	151
CAPÍTULO 10. LOS TREINTA AÑOS GLORIOSOS DE 1945 A 1973 .....	173
CAPÍTULO 11. LA GLOBALIZACIÓN DE 1973 A 2010.....	191
CAPÍTULO 12. LA CERTEZA DE UN FUTURO INCIERTO .....	221
EPÍLOGO. SÍ, SÍ, PERO: ¿QUÉ ES EL DINERO?.....	233
BIBLIOGRAFÍA .....	249
AGRADECIMIENTOS.....	253

## INTRODUCCIÓN

Ocurre con la banca como con otros tantos conceptos, instituciones o logros humanos, que todo el mundo conoce y piensa que sabe lo que son, en qué consisten o de qué se trata y, sin embargo, cuando se pregunta por ellos a un ciudadano normal o se le pide que los defina, realmente se da cuenta de que es incapaz de hacerlo y que apenas tiene una vaga idea de aquello por lo que se le pregunta. Eso es así, aunque nos refiramos a cuestiones que están en nuestras vidas, formando parte importante de ellas y siendo elementos esenciales de la estructura económica, social o cultural, que nos permiten desarrollar nuestro modo de estar en el mundo.

La banca, junto con el dinero, está en la base de todo nuestro sistema económico y constituye el mecanismo esencial para que el nuestro y cualquier sistema tenga un desarrollo que pueda ser considerado como una civilización superior y, por supuesto, capaz de generar un régimen de prosperidad relevante. Tanto una como otro son esenciales para generar economías avanzadas en las que una sociedad pueda desarrollarse, de modo que sus integrantes encuentren satisfacción a sus necesidades en términos razonables de esfuerzo. Conviene siempre destacar que la banca otorga un poder ilimitado a quienes la gestionan, por lo que su ejercicio debe estar siempre controlado y al servicio de la comunidad.

No debiera extrañarnos que personas no especializadas, a pesar de lo cotidiano del uso del dinero o de su trato con la banca,

desconozcan por completo los fundamentos que definen a uno y otra, su naturaleza y fundamentos. Tratar de instruirse al respecto, puede suponer una experiencia frustrante, pues acercarse a través de las descripciones académicas resultará siempre una tarea ardua y nada gratificante para los no iniciados, más aún si no tienen la necesidad de realizar tal esfuerzo o no están suficientemente motivados. Es aquí donde cobra una especial importancia el trabajo del divulgador, que, sin necesidad de ser un especialista, puede hacer entender de forma amena y didáctica los fundamentos básicos de estas materias, de forma que se logre del lector una comprensión sencilla de los aspectos esenciales.

La historia resulta para ello un instrumento ideal, porque permite que nos remontemos a las fases iniciales, donde, en tiempos remotos, las cosas surgen para dar satisfacción a necesidades sencillas, mediante soluciones al principio simples, que, con el tiempo, se irán convirtiendo en cada vez más complejas, sofisticadas y, por tanto, más difíciles de entender.

No es asunto menor tener al menos unas ideas básicas y fundamentales sobre lo que es la banca y el dinero, porque forman parte esencial de lo que cualquier sociedad es. Por otra parte, resulta muy relevante saber quiénes ejercen el protagonismo, porque ello influirá en nuestras vidas condicionándolas, al determinar nuestra prosperidad y la capacidad del ciudadano común en la participación, justa o no, del reparto de la riqueza o el acceso a la propiedad. Hoy vivimos en un mundo en el que lo económico rige nuestras vidas, determinando nuestras decisiones, necesidades y aspiraciones, hasta influir decisivamente en nuestro presente y futuro. Conocer las reglas básicas de la economía se hace fundamental para entender el mundo y lo que somos. La banca y el dinero son conceptos básicos, esenciales y necesarios en ese conocimiento. La economía, en realidad, se ocupa de asuntos tan sencillos como el modo en que las personas cubren sus necesidades cotidianas y gestionan sus propios recursos, tanto materiales como intangibles. La banca y el dinero son instrumentos capitales que facilitan ese proceso.

La banca, tal y como la conocemos, se gestó en Italia, nació en Holanda, maduró en Inglaterra y hoy es la de Estados Unidos la

que ostenta la hegemonía mundial. No obstante, su origen es tan antiguo como la civilización, pues se remonta nada menos que a época sumeria, en Mesopotamia, tierra comprendida entre los fascinantes ríos Tigris y Éufrates, en el tercer milenio antes de Cristo, con un origen sagrado, que explicaremos a continuación.



El trueque como una de las primeras formas de comercio. En la imagen vemos el trueque entre los nórdicos (a la izquierda) y los rusos (a la derecha). [Olaus Magnus, 1555].

Banca y dinero están inseparablemente unidos, pues hoy no se pueden dar la una sin el otro y viceversa. El trueque fue la forma de intercambio de bienes y productos, que surgió mucho antes de la aparición siquiera de la escritura, por lo que hunde sus raíces en la prehistoria. El dinero, que facilitó ese necesario intercambio y su aparición, desarrollo y uso, es comparable en la evolución de la sociedad humana al cultivo de la tierra, la domesticación de animales y al desarrollo de los instrumentos y control del poder.

De qué son y de cómo han evolucionado, a lo largo de tantos siglos hasta la realidad que hoy configuran, trata este libro, que espero sea del agrado de cuantos lectores se interesan por estos temas.



El Código de Hammurabi recogía, entre otras muchas cosas, una relación de préstamos con intereses. [Marie-Lan Nguyen].

## CAPÍTULO 1

# EL ORIGEN

### EL PASADO REMOTO

Al remontarnos a los orígenes más lejanos en el tiempo, de cuanto es importante para el ser humano, una y otra vez encontramos que las civilizaciones más antiguas se hallan sumergidas en el concepto de lo divino. Así, en aquellos tiempos, el amor, la poesía o la danza se encontraban revestidas de carácter sacro.

Pues bien, por muy sorprendente que pueda parecernos, la banca también estaba revestida de ese carácter sagrado. Tanto es así, que podemos afirmar sin la más mínima reserva que los primeros banqueros fueron los dioses. Eso sí, representados por sus sacerdotes, como jefes espirituales, siempre asociados a los reyes, como jefes temporales de los pueblos gobernados por ellos.

Algo que nos sorprende en principio es que no fuera el crédito el primer servicio que se requirió de la banca, sino que lo que se demandó en aquel tiempo remoto fue la seguridad; de ahí que naciese en los templos y de ahí su origen sagrado. Efectivamente, el primer servicio demandado fue el de depósito. Los particulares más ricos e influyentes pedían de los sacerdotes, al principio de

forma gratuita y más tarde a cambio de un donativo o comisión periódica, que guardaran sus joyas y enseres de valor en los muy seguros sótanos de los templos, que estaban protegidos por los muros más macizos. Los templos no solo eran las construcciones más sólidas, sino que tenían que ser las más seguras, porque custodiaban en sus cámaras ocultas los tesoros inmensos y siempre crecientes formados por las donaciones y exvotos de los fieles, que, desde los más lejanos lugares, peregrinaban para pedir el favor del dios correspondiente o agradecerle un don recibido.

Los dioses eran inmensamente ricos, pues no solo recibían las ofrendas de los fieles, sino que tenían una parte reservada en los botines de guerra, y además de poseer cuanto se acumulaba en su cámara del tesoro repleta de objetos preciosos, lingotes de metal o barras de sal, al templo pertenecían inmensos dominios de fincas de labranza, donde también se criaba ganado, y en las que se hacían esclavos, graneros, casas, otras propiedades inmobiliarias y toda clase de bienes. Todas las operaciones se realizaban en especie, puesto que aún no existía la moneda.

Esta opulencia, además de que los templos estuviesen protegidos por los dioses y de que las leyes proclamaran su inviolabilidad, permitía que los sacerdotes recibieran los depósitos con la plena confianza de los depositantes. Se consideraba que los dioses habitaban realmente los templos, lo que transmitía la impresión de que cuanto ocurría entre sus muros estaba íntimamente ligado a lo divino. Así, cuando un sacerdote negociaba, daba la impresión de que lo hacía en el nombre y por cuenta del dios que allí se veneraba.

Antes de que se generalizara el uso del dinero, los sacerdotes realizaban operaciones de préstamo, si bien es cierto que estas consistían más bien en el arrendamiento por un tiempo de mano de obra, ganado, cereales, aperos agrícolas o tierras, a cambio de un precio o interés que, dada su misión sagrada, los sacerdotes procuraban que fuese moderado.

Aunque excavaciones realizadas a mediados del siglo XX, descubrieron en Caldea los vestigios de un templo rojo, cuya antigüedad se remonta a los 3400-3200 años a. C., podemos afirmar con seguridad que, cuando el monarca amorreo Sumu Abum fundó

el Imperio babilónico, entre los años 1894 a 1881 a. C., los sacerdotes sumerios de Uruk, de Ur, de Eridon, de Agadé, de Sippar o de Babilonia ya practicaban el ejercicio de la banca en sus templos rojos. Perteneciente a esa primera dinastía babilónica, el monarca más grande fue sin duda Hammurabi (1728-1686 a. C.), que extendió sus dominios desde el golfo Pérsico hasta el nacimiento del río Tigris. Dado lo numerosas de las operaciones financieras y comerciales y su importancia, este monarca consideró que era necesario regularlas, pues eran además sumamente complejas, dado que se trataba de una economía premonetaria, donde los cereales, fundamentalmente la cebada, eran utilizados para la regulación de precios, aunque ya se estaba desarrollando el comercio de metales, fundamentalmente en lingotes de oro y de plata. El famosísimo Código de Hammurabi, con sus 282 leyes, vino a regular los distintos aspectos de la vida cotidiana, entre ellos, el préstamo y el depósito de mercancías, estableciendo un tipo de interés para frutos y otros artículos del 33 % y para metales y plata de entre el 12 y el 20 %, que se mantuvieron durante los siguientes veinte siglos.

Por cierto, es en este mismo Código de Hammurabi donde se asienta el célebre principio de «ojo por ojo y diente por diente». Según nuestra mentalidad actual, esto nos suena a una propuesta llena de insostenible crueldad, basada en la venganza, cuando en realidad se trata de una manifestación de exquisita sensibilidad, implantada en aras de una justicia proporcionada y equitativa. Téngase en cuenta que, antes de que el desarrollo de este sentido del derecho se produjera, el resarcimiento de un daño estaba confiado precisamente a la venganza, en cuyo uso el que se resarcía solía infligir a su víctima daños desproporcionados y muy superiores al recibido, que, a su vez y por ello, daba derecho a vengarse, produciéndose una cadena de daños sin fin, que raro era que no terminara con la vida de alguno de los implicados. El principio mencionado vino a establecer por primera vez una norma de prudente proporción, equidad y justicia.

Sobre todas las operaciones realizadas en los templos ha quedado constancia de que se llevaba una contabilidad muy minuciosa sobre tablillas de barro cocido. En ellas quedaban anotados los libramientos de recibos, los contratos, la anotación diaria

de las operaciones realizadas, que luego se arrastraban a estados mensuales de los que se hacía recopilación a final de año. En esta contabilidad se utilizaba el sistema sexagesimal propio de los sumerios y el sistema decimal aportado por los elamitas. Han quedado evidencias de que sobre algunos de los préstamos se tomaban garantías adicionales, consistentes por lo general en campos, casas o esclavos.

Los imperios, ya fuesen de raza semita, como los sumerios o babilonios, o de raza aria, como los hititas, se sucedieron durante dos mil años sin que esta actividad de los templos se viese afectada. Será necesaria la dominación romana para que la influencia de los templos rojos comience a disminuir progresivamente.

En el Próximo Oriente, los israelitas, cuya civilización venía caracterizada por sus profundas raíces religiosas, poseían solo un templo, el de Salomón, construido por artesanos fenicios según planos trazados por el rey David, que para ellos era el templo de los templos y coronaba el monte Moria. Allí reposaba el Tesoro sagrado de tiempos de Moisés, que se acrecentaba continuamente con las ofrendas, dádivas e impuestos religiosos. Los sacerdotes no aspiraban a enriquecerse y velaban por cuantos bienes tenían depositados, especialmente por la fortuna de las viudas y huérfanos que les eran confiadas.

En cuanto a Grecia, que de manera heroica se mantenía independiente de los imperios orientales, frente al Asia Menor, disponía de templos como el Partenón en Atenas, el de Apolo en Delfos, el de Hera en Samos, que también se dedicaban a actividades bancarias, además de ser lugares de oración y peregrinaje. Los dioses griegos en el siglo VIII a. C. eran tan ricos como los babilonios, pero sus sacerdotes realizaban operaciones más simples, pues se limitaban a custodiar los depósitos realizados por el Estado y los particulares, sin obtener ningún interés por ello, así como a administrar los bienes de la divinidad. Es cierto que realizaban algún préstamo, pero raramente estaban destinados a personas individuales, porque más bien se realizaban casi siempre a las ciudades y eran a largo plazo.

Con todo, la banca adquirió los atributos básicos que la definen cuando aparece el dinero. Es entonces, cuando los depositan-

tes entregan monedas para su custodia, el momento en el que los sacerdotes se dan cuenta de que aquellos que le han confiado ese numerario no se presentan todos de golpe para retirarlo. En realidad, en la operativa cotidiana, solo una pequeña fracción de depositantes requiere que le sea entregada una cantidad para atender sus necesidades y esto apenas representa una pequeña parte de aquello de lo que son dueños. Los sacerdotes, al recibir de forma cotidiana depósitos, donativos y ofrendas, se dan cuenta de que solo necesitan tener un importe mínimo para atender esas ocasionales disposiciones. Resulta, pues, evidente que la mayor parte de la moneda depositada no va a ser retirada al mismo tiempo y, por tanto, puede ser prestada, de modo que se abría la posibilidad de cobrar un interés por esas cantidades para así obtener mayores beneficios.

La banca, de esta forma, pasa de proporcionar seguridad a lo depositado, a tomar dinero en depósito y entregar dinero a préstamo, con lo que quedan establecidas las funciones que básicamente la van a definir.

Si lo meditamos con detenimiento, pronto caeremos en la cuenta de que hay un concepto básico y fundamental que inspira toda la actividad que comentamos. Me refiero a la idea de «confianza», que etimológicamente deriva de la palabra «fe». Si el depositante entrega sus objetos valiosos y su dinero al templo es porque confía en la seguridad que le proporcionan sus sólidos muros, el tratarse de suelo sagrado e inviolable, el ser lugar en el que habitan los propios dioses o el hecho de que se hagan cargo personas tan respetadas como los sacerdotes. Estos a su vez tienen fe en aquel que recibe dinero a préstamo y creen que lo devolverá llegado el vencimiento. Así que de fe deriva la confianza, que no es otra cosa que actuar «con fe» en algo. De fe deriva también fiducia y aunque parezca que la palabra crédito está alejada de la palabra fe, nada más lejos de la realidad, porque crédito viene de «creer» y creer es tener fe. Por tanto, queda claro que el espíritu que soporta toda la actividad bancaria, ya desde su origen más remoto, es el de la confianza.

Hay otro elemento fundamental que va a definir la esencia de esta actividad: el tiempo. Este es el concepto que determina aque-

llo que es de naturaleza financiera. La palabra finanza viene de la palabra francesa *finance* que deriva del antiguo *finer*, que significa finiquitar o pagar, y que, a su vez, deriva de la palabra latina *finis*, es decir, fin. Financiera es toda operación económica cuyo buen fin se ve sometida a plazo y a término, lo que supone el transcurso del tiempo entre su inicio y su final. Es exactamente lo que ocurre con un préstamo cuyo importe ha de ser devuelto, llegado el vencimiento, una vez que ha transcurrido el plazo acordado para la devolución del importe prestado. Dado que se presta para obtener un interés, en la propia explicación encontramos los términos matemáticos que van a utilizarse para calcular estas operaciones, que no son otros que el capital, el rédito y el tiempo.

Llegados a este punto, y dada la esencial vinculación entre banca y dinero, conviene que tratemos sobre la aparición de este y en definitiva intentemos hacernos una idea de qué es.

Más que dar una explicación técnica, académica o al uso lo que interesa y resulta más efectivo es captar el fundamento que le da existencia, la lógica que subyace en su aparición y para ello pido al lector que me permita contarle una especie de cuento, obviando cuanto de rigurosamente histórico pueda haber en la narración, pues de lo que se trata es de intentar que se capte el concepto básico.

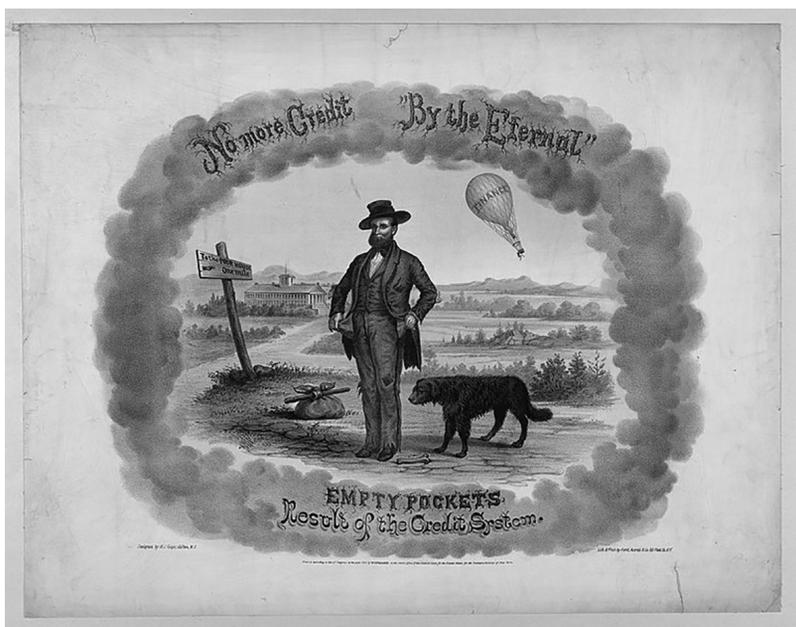
Bien, comencemos por el principio. El prehomínido satisfacía sus necesidades de forma inmediata tomando de la naturaleza aquello que necesitaba para mantenerse con vida. Prácticamente, solo requería de un recurso como era el de la comida que obtenía del medio en el que se encontraba, y él se encontraba allí porque existía justamente ese recurso que le era necesario. El acto del consumo era sucesivo e inmediato a obtener el bien. Nunca la producción, el consumo y la capacidad de obtener el bien necesario estarán en mayor equilibrio.

El hombre primitivo, dotado ya de inteligencia, era capaz de comprender sus necesidades y tomar decisiones para satisfacerlas, recolectando frutos y caza. Es recolector y cazador, lo que significa que no toma de la naturaleza solo lo que va a consumir en ese momento, sino que coge tantos frutos como pueda transportar, o cobra la pieza de caza y la lleva a la cueva donde le esperan las

mujeres que cuidan de los niños, que también han de alimentarse. Tampoco en la cueva se consumirá todo de inmediato. ¿Qué ocurre con lo que no se consume en seguida? Ocurre que se guarda para consumirlo más adelante. Este hecho tan de sentido común y aparentemente tan banal es la clave para entender todo lo que debemos conocer del hecho económico y los elementos que en él intervienen.

En realidad, la economía no es otra cosa que la ciencia que estudia la gestión del excedente.

Todo lo que no se consume se convierte en un excedente. Lo que no gastamos de aquello que obtenemos es ahorro. Es un activo y una mercancía, toda vez que es susceptible de intercambiarse por otros bienes, productos y servicios de los que carecemos y necesitamos. Esos bienes, de los que nos hemos *apropiado*, al tomarlos de la naturaleza, constituyen una *propiedad*. Su posesión supone no solo disponer de capacidad de consumo, sino poder adquisitivo, pues se pueden adquirir otros bienes a cambio de los que tenemos.



«Bolsillos vacíos, a consecuencia del Sistema de Crédito» [Library of Congress].

Pero hay más: se dispone de esos frutos recolectados y de la carne cazada porque no se han consumido inmediatamente y su consumo se demora, es decir, se aplaza en el tiempo, lo que nos lleva a contemplar el aspecto financiero de cuanto tratamos. La posesión de esos bienes, repito que no consumidos, atribuye de hecho una capacidad de entregarlos en pago de una adquisición que convenga realizar. Esa capacidad es el crédito, o sea, capacidad para atender un compromiso de pago cuando sea requerido. Crédito, repito, que significa «creer», es confianza, «con-fianza», «fiducia», «fe» en que quien se ha comprometido a pagar podrá hacerlo en el plazo fijado (tiempo: finanzas).

Imaginemos que el clan que ha recolectado los frutos y guarda la carne de caza, lo hace pensando en que está a punto de llegar el duro invierno. Conserva frutos secos de toda clase y ha descubierto que la carne, si se la sala, se conserva mucho tiempo sin estropearse. La cueva donde vive es una mina de sal y aprovecha el uso que puede darle a ese mineral blanco para conservar la carne.

Se han desplazado para cazar a un lugar muy cercano a las tierras que habita otro clan con el que mantienen relaciones amistosas, y para mantener esa amistad, lo visitan. Allí ven que estos disponen de pieles de sobra por haber cazado hace poco un mamut lanudo. Esas pieles les vendrían muy bien para combatir el frío en el cercano invierno que con tanta dedicación preparan. Al jefe del grupo visitante se le ocurre proponer que le cedan parte de esas pieles que le sobran, pero no tiene en ese momento nada para entregarle a cambio. Le sugiere que en la reunión para adorar a los dioses que ambos clanes tienen la costumbre de celebrar en una cima equidistante a ambos territorios, le entregarán carne salada, e incluso sal a cambio de las pieles excedentes que ahora tiene. El jefe del clan anfitrión sabe que su interlocutor dispone de los bienes que le promete y «cree» (crédito) que podrá cumplir su palabra (confianza, fiducia) y acepta el trato.

No obstante, el jefe del clan que tiene las pieles lo piensa detenidamente, porque pueden ocurrir otras circunstancias que le lleven a perder lo que va a entregar. El clan de los visitantes podría desaparecer por tener que cambiar de lugar en el que habitan, o por ser atacados y eliminados por una tribu rival. El propietario

de las pieles expone francamente sus reservas y, para superar esas dudas, el jefe del clan visitante toma de su cuello un colgante con una pepita de oro y lo entrega. El receptor sabe que es un objeto muy apreciado que siempre podrá cambiar por productos que necesite, pues cualquiera desearía tener un adorno así.

Como puede comprobarse, a través de este sencillo ejemplo, todos los conceptos que tratamos parten y son aspectos de un mismo hecho: el excedente, la parte no consumida de bienes que se obtienen para satisfacer necesidades. Todo excedente es un activo en cuanto constituye un patrimonio. Es ahorro, en cuanto a que es la parte no consumida y, al quedar pospuesto en el tiempo su definitivo consumo, muestra su aspecto financiero. Además, es una mercancía en cuanto que es susceptible de intercambio. Y, por último, confiere capacidad adquisitiva y de consumo. Es capital si se utiliza para obtener beneficios y, si la moneda aparece, esta no es sino la representación de todos y cada uno de los conceptos, de los que trae causa y sentido.

Repito: no se trata de conceptos independientes, pues todos son manifestaciones de un mismo hecho (el excedente, la parte no consumida inmediatamente) y comparten una misma naturaleza y esencia.

Quizá sea el momento de tratar el concepto de dinero. Todo el mundo lo da por sabido, pero pocos pueden precisar qué es; se dan mil definiciones y sigue quedando la sensación de que nunca se acaba de explicar satisfactoriamente, ni se acaba de entender del todo.

Remontémonos al origen. Desde el momento en que el ser humano organiza su consumo, surge el almacenamiento como consecuencia del excedente que produce la demora del consumo inmediato. El excedente es la condición y el presupuesto básico del comercio.

En las sociedades primitivas, en sociedades ganaderas, el intercambio de bienes se producía mediante trueque de unos productos por otros. Ahora bien, para transacciones de mayor envergadura, si una de las partes no tenía los bienes que la otra necesitaba, lo que se entregaba eran cabezas de ganado, en latín *caput* (cabeza), de donde viene la palabra «capital». En una sociedad ganadera, el

ganado era lo más apreciado y, por tanto, fácilmente intercambiable, además de ser de fácil transporte, al moverse por sus propias patas. Porque resulta que el mayor problema que presenta el trueque es que las dos partes deben adaptar sus respectivas demandas y ofertas en el lugar y en el momento a las necesidades y deseos de ambos, lo que no resulta nada fácil, pues los productos excedentes, que ofrecen para intercambiar, son los que son y no otros. Es ahí cuando cobra sentido que haya unos productos de trueque que se prefieran a otros, es decir, que aparte de su valor de uso para satisfacer una necesidad concreta, tengan valor de cambio, porque a su vez pueden usarse para otros intercambios, dado que tienen la cualidad de ser apreciados por una gran mayoría.

Esto se produce normalmente cuando el artículo de trueque pueda almacenarse con facilidad de manera conveniente, tenga una alta densidad de valor en poca cantidad y sea fácil de transportar, y sea más duradero que perecedero. Es lo que podemos denominar mercancías equivalentes.



Tráfico de mercancías mediante intercambio. [Wellcome Collection.].

De ahí el valor de las cabezas de ganado en una sociedad ganadera. En la época romana primitiva la sal era muy apreciada por su capacidad para conservar los alimentos, especialmente la carne y el pescado. La sal era abundante por la zona, hasta el punto de que la ruta entre Ostia y Roma recibía el nombre de la Vía Salaria. A veces, a los soldados que guardaban esa ruta se les pagaba en parte con paquetes de sal, de donde viene la palabra «salario» aplicada al pago de un trabajo.



Estatero de oro. Lidia ca. 560–546 a. C. [MET].

La evolución de las civilizaciones llevó a que el instrumento utilizado para el intercambio fuesen metales como la plata y el oro, que con el tiempo se estandarizaron en peso por unidad, y se acuñaron por quien ejercía el poder, de modo que se garantizara la calidad del metal utilizado.

El primer uso de metales como dinero primitivo se produjo ya en los milenios III y II a. C. en los países del antiguo Oriente, donde circularon lingotes de bronce, oro y plata. En la India se emplearon los adornos de metal precioso para el cuello como dinero primitivo, entre el 1400 y el 500 a. C. Las monedas acuñadas de cobre, con un peso de alrededor de 150 gramos, se generalizaron en el siglo VII a. C.

Alrededor del siglo X a. C. aparecieron en China lo que podemos llamar protomonedas, que evocaban por su forma a las conchas marinas, o miniaturas de cuchillos de bronce, diminutas hachas y otras herramientas utilizadas para reemplazar a las herramientas verdaderas y que servían como medio de intercambio. Durante la dinastía Zhou (1046-256 a. C.) se acuñaron monedas redondas con un agujero cuadrado en el centro. En Egipto, antes del tiempo del Imperio Nuevo (1150-1070 a. C.), no se había acuñado nada parecido a una moneda. En nuestro ámbito cultural, las primeras surgen en Anatolia en la segunda mitad del siglo VII. Fue probablemente durante el reinado de Ardis de Lidia cuando se empezó a acuñar moneda, aunque es posible que ocurriese con antelación, en el reinado de Giges de Lidia o el de Creso.

La acuñación de moneda se inició en Roma en el año 264 a. de C., llevándose a cabo en el templo de Juno Moneta, de donde viene el nombre de moneda. Entre las acuñadas quizá la de mayor fama era el denario, de donde viene el nombre genérico de dinero, aunque a la moneda en metálico en Roma se le llamaba *numeratum*, de donde procede la denominación de numerario.



Tetradracma de Atenas, siglo V a. C.

Hay una infinidad de definiciones de lo que es el dinero. A mí la que más me gusta es la que dice que es dinero lo que hace la función de dinero. Será un billete o unas monedas para comprar un periódico o serán los cigarrillos en un campo de concentración, según el caso y la situación. En realidad, es dinero todo aquello que reúna las tres siguientes cualidades: en primer lugar, debe operar como una unidad de cuenta, es decir, algo con lo que se pueda medir el precio de otras cosas; en segundo lugar, debe

ser considerado como depósito de valor, o lo que es lo mismo, algo capaz de conservar la valoración que se le ha concedido al cambiarse por otra cosa; y, por último, debe ser un medio de intercambio generalmente aceptado por su capacidad para convertirlo fácilmente en un bien que se necesite o se desee.



Máquina de acuñar monedas.

El dinero vale por lo que representa, vale por aquello por lo que se ha intercambiado y por aquello por lo que se puede intercambiar.

Existe un equívoco muy generalizado al considerar que las monedas de oro y plata tienen un valor intrínseco que no tiene el papel moneda. Es cierto que estos metales preciosos tienen valor por sí mismos, pero solo en apariencia. Si lo meditamos con detenimiento, desde el punto de vista del consumo y de la satisfacción de necesidades, ni el oro ni la plata pueden satisfacer necesidad alguna, pues ni se pueden comer, ni se pueden beber, ni abrigan para quitar el frío; solo una determinada evolución cultural les atribuye el valor de adornar y de distinguir a quien los posee como alguien perteneciente a un rango superior en la jerarquía social, dada su escasez y debido a que todo el mundo está dispuesto a dar una cantidad de sus bienes para obtener semejante distinción, al alcance de muy pocos. O sea, que realmente el valor del oro o

la plata es un valor atribuido, convencional y generalmente aceptado. Si se piensa un poco, eso es exactamente lo que ocurre con un billete que tiene el valor que se le atribuye. Salvo por la capacidad que el oro y la plata tienen para poder convertirse en un adorno apreciado, una moneda de oro y un billete de papel tienen el mismo valor intrínseco: el que se le atribuye.

El dinero, por tanto, representa el valor de un excedente que ha cambiado de manos, además del ahorro que ese excedente significa. Es un activo de la misma cuantía que aquel por el que se ha cambiado y esto pone de manifiesto una posibilidad de consumo por su cuantía e incorpora capacidad de crédito a su poseedor, al hacer posible que pueda demorar en el tiempo su conversión en un bien que satisfaga alguna de sus necesidades. El dinero es, por consiguiente, inseparable de todas esas realidades que le dan sentido y hace que sea generalmente apreciado.

Otro error muy extendido es el de considerar como dinero únicamente las monedas y billetes. En términos económicos, cuando se habla de dinero, a lo que nos estamos refiriendo es a la masa monetaria, que dicho *grosso modo* es la suma de depósitos situados en los bancos más la cantidad de efectivo en circulación. Por afinar un poco más, el efectivo es lo más irrelevante de la masa monetaria, pues representa una pequeña cantidad para transacciones cotidianas y de escasa cuantía.

De hecho, el efectivo situado en la caja de los bancos se resta de la masa monetaria para determinar su cuantía total. Esto es lógico, pues, si esta se cuantifica por la suma de depósitos bancarios, es necesario restar el dinero efectivo ingresado en el banco para que no cuente dos veces.

Se puede entender con facilidad, si imaginamos que todo el dinero que existe por valor de 100 está en manos de una sola persona; existe un banco que se acaba de abrir, en el que solo hay un cliente que es aquel del que hablamos, y tiene su cuenta a cero; la masa monetaria sería: 100 en metálico más saldo de los depósitos 0, igual a 100. Supongamos ahora que este señor ingresa en su cuenta del banco 75; esa cuenta aparecerá con un saldo acreedor de 75. La masa monetaria no puede haber variado por el hecho de que se haya ingresado una parte en un banco; tendrá

que seguir siendo 100. Veamos, la masa monetaria sería 75 en la cuenta corriente más la moneda en metálico existente 100 (25 en manos del cliente y 75 en la caja del banco), sumarían 175, pero el dinero existente no puede crecer por el hecho de que se ingrese en un banco. Por eso hay que restar el dinero existente en la caja del banco, de modo que 175 menos 75 resulta 100, o lo que es lo mismo, la masa monetaria inicial. Así que, lo menos relevante en ella es justamente el dinero en efectivo.

Convendría mucho, en función de hacerse ideas más cabales sobre la realidad de la economía, tener en cuenta que cuando nos refiramos al dinero, pensemos en la masa monetaria, y que cuando hablemos de los billetes impresos y moneda metálica acuñada, sepamos que nos estamos refiriendo a la prácticamente irrelevante calderilla del sistema.

Entonces, si el dinero que se imprime es irrelevante por su cuantía, ¿cómo nace el dinero?

El dinero realmente nace del crédito bancario.

Sigamos con el ejemplo anterior. Imaginemos que el dueño del dinero ingresa todo en su cuenta del banco. En ella figurará un saldo acreedor de 100. El banco, reservando una cantidad, supongamos que 20, para atender disposiciones de la caja, podrá utilizar 80 para prestar. Bien, supongamos que otra persona pide un crédito de ese importe para comprar un coche. El concesionario de la marca de automóviles recibirá en su propia cuenta en el banco el importe de la venta, 80. La masa monetaria será entonces la suma de los saldos acreedores: 100 del primer cliente y 80 del concesionario, es decir, 180. El banco deberá reservar un 20 % para disponibilidades de caja, o sea, 36, con lo que podrá tener créditos concedidos por 144; como ya le concedió 80 al comprador del coche, puede dar otro crédito por 64, y así sucesivamente, con lo que podemos comprobar cómo el crédito bancario produce un efecto multiplicador de la masa monetaria existente. No se trata de un dinero ficticio o inexistente; nada más lejos de la realidad, porque todo el dinero responde a operaciones mercantiles efectivamente realizadas y con un valor real, referido al valor de los bienes con los que se trafica, y que da sentido y fundamento al dinero que circula o que existe en el sistema.



Máquina Castaing, utilizada para agregar letras en los bordes de las monedas.

El dinero, con este funcionamiento, no está representado sino por una serie de anotaciones en cuenta. Ahora bien, de este hecho no podemos deducir que el dinero sea ficticio o falso. El que sea inmaterial no le quita un ápice de su valor, ni por ello es una mera invención, pues en todos los casos responde a operaciones mercantiles efectivamente realizadas; responde a intercambios de mercancías reales y al tráfico de auténtico valor económico, como consecuencia del comercio efectuado, en el que se han intercambiado excedentes producidos y no consumidos.

Siempre que el dinero tenga como razón de ser la producción y el intercambio de bienes, productos y servicios, formará parte de la economía que lo mueve, representando el valor económico que manifiesta y se le atribuye. Si el dinero se ciñe a estos principios, su efecto sobre el sistema será neutro, porque en él existirá el que ha nacido de la actividad económica normal y será aquel que necesita para su desenvolvimiento. Otra cosa es que el Gobierno gaste más de lo que ingresa, compense ese déficit con deuda pública, la monetice e introduzca en el sistema un dinero que no responde al proceso normal de producción, con lo que al aumentar artifi-

cialmente la masa monetaria acabará produciéndose inflación, es decir, pérdida de valor en el dinero existente.

Llegados a este punto, convendría continuar con el relato del origen y la evolución histórica del dinero, pues la narración anterior, situada en lo más profundo de la prehistoria, no deja de ser un pequeño cuento para ilustrar qué es el dinero, lo que representa y cuál es su función y qué necesidad cubre, todo ello puesto de manifiesto desde los primeros intercambios.

Incluso desde el Paleolítico, cuando el hombre era fundamentalmente cazador y recolector, al no haber aprendido aún la técnica del cultivo de las plantas ni haber domesticado animales, existe constancia arqueológica de que algunos bienes fueron transportados a sitios alejados de su lugar de origen. De la época mencionada, se han encontrado en Moravia, Austria y Francia ámbar procedente del Báltico; en el norte de Italia y Suiza se han hallado conchas y aderezos elaborados también con conchas procedentes de la cuenca atlántica y nada menos que del mar Rojo, respectivamente. También se ha encontrado pedernal en lugares bien alejados de sus fuentes naturales. Ciertamente, el origen de estos movimientos de bienes no está del todo claro y solo podemos especular atribuyéndolos a la emigración, el pillaje, algún tipo de regalo o quizá a formas primitivas de trueque.

Dado que se trata de intercambios producidos miles de años antes de que apareciera la escritura, la existencia de estos solo podemos deducirla de las ruinas arqueológicas y de la observación de las tribus primitivas que han sobrevivido en algunos lugares del planeta hasta épocas recientes. De lo que no cabe duda es de que la primera forma de comercio fue el trueque, es decir, el intercambio de unas cosas por otras sin que interviniera ninguna forma de dinero. Probablemente, los intercambios entre una tribu y otra se realizaban sin que hubiese contacto alguno entre sí. Los miembros de una de ellas accedían a un terreno abierto en el que exponían los bienes que deseaban intercambiar y se escondían. A continuación, se acercaban los miembros de la otra tribu interesada en el trato y extendían los bienes que estaban dispuestos a ofrecer a cambio, frente a los ya presentados, para acto seguido también esconderse. Los primeros volvían y examinaban

los bienes ofrecidos por sus vecinos. Si los consideraban suficientes, tomaban estos y dejaban los suyos allí. Si consideraban que el precio era insuficiente, retiraban parte de sus objetos ofrecidos en primer lugar. Era una forma rudimentaria de regateo que continuaba hasta que ambas partes estaban de acuerdo con lo que intercambiaban.

No cabe duda de que el trueque vino a satisfacer la necesidad de obtener bienes de los que se carecía, a cambio de bienes que resultaban excedentes y dejaban de satisfacer ninguna necesidad a sus poseedores, pero el trueque exige que se dé una doble coincidencia de deseos, pues requiere que la cosa concreta que se pretende intercambiar sea deseada por otra persona y que esta tenga para ese intercambio un bien que interese a la primera. Sin embargo, no acaban aquí las posibles dificultades, porque no es fácil que ambas cosas tengan exactamente el mismo valor y convengan de la misma manera a las partes. Es evidente que, mientras solo exista un sistema de trueque para intercambiar mercancías, el comercio se verá seriamente limitado, ya que cada familia se dedicará a producir principalmente para satisfacer sus propias necesidades y solo ocasionalmente, en caso de excedente, intercambiará sus productos sobrantes con los de otras familias.

En los documentos babilónicos más antiguos conocidos, que se remontan al año 3000 a. C., se hace una distinción legal entre «bienes intercambiables», refiriéndose a aquellos que pueden cambiar de dueño por la mera entrega material de los mismos, y «bienes no intercambiables», que son los que exigen requisitos formales para su transmisión. Entre los intercambiables se señalaban metales como el oro, la plata, el plomo, y el cobre; alimentos como la miel, el ajonjolí, el aceite, el vino, la cerveza y la levadura; mercancías, la madera y el cuero, además de los rollos de papiro y las armas. Es muy probable que todos estos bienes sirvieran además en mayor o menor medida como medios de pago. En otros lugares del mundo se utilizaron como medios de pago ornamentos u objetos de significado ritual o religioso. En Japón se han encontrado cabezas de flechas elaboradas con piedras preciosas y en Nueva Guinea anzuelos de madreperla. En algunas partes del norte de Europa se han encontrado pequeñas hachas de piedra demasiado frágiles

y tan de escaso tamaño que no se le puede suponer el uso propio de un arma o herramienta, como he comentado anteriormente. Otros objetos muy comunes fueron también los anillos, espirales y ruedas de metal. En la India, Oriente Medio y China, se usaron conchas de cauri como medio de pago, que ha seguido usándose hasta tiempos históricos en gran parte de Asia, África y en las islas del Pacífico. Entre los «bienes intercambiables» lentamente, durante siglos, se fueron abriendo paso como medios de pago los metales preciosos en forma de barras metálicas de distintas formas y tamaño, que pasaban de mano en mano por su peso.

En el Mediterráneo, entre las ruinas cretenses del siglo XIII a. C., se han descubierto discos de metal, que posiblemente se usaron como medios de pago, pero las primeras monedas europeas proceden de Lidia, en Asia Menor, y se acuñaron durante los siglos IX-VIII a. C., y si bien es cierto que los primeros en acuñarlas fueron los mercaderes, ya entre los siglos VIII y VI a. C. cada uno de los diferentes estados y ciudades del Egeo llegaron a emitir monedas con el emblema de la cabeza del león de Lidia, la tortuga de Egina, el caballo alado de Corinto o el búho de Atenas. La moneda lidia más antigua conocida tenía una equivalencia de doce ovejas, que a su vez era equivalente a la paga anual de un mercenario griego. En Asia Menor las primeras monedas eran de electrón, una aleación de oro y plata utilizada en el comercio internacional por los mercaderes. Se tiene constancia de la acuñación de monedas de plata en Egina, alrededor del año 750 a. C. y se atribuye la acuñación de las primeras monedas de oro a Cresos, el último rey de Lidia, alrededor del siglo VI a. C. La acuñación de monedas por parte de los reyes, en las que se estampaba la cara del monarca, suponía una garantía en cuanto al contenido de metal precioso, su peso y calidad, lo que facilitaba su aceptación. Había además algo en ello que comenzó a transformar el mismo concepto de lo acuñado, pues el valor de una moneda no solo comenzó a depender de cuánto oro y plata se había empleado en su acuñación, sino en la confianza que el poder del propio rey despertaba, dándose un paso en la transformación de moneda áurea en moneda fiduciaria.



Representación de Lucio Tarquinio Prisco o Tarquino el Viejo.